

cándose á la industria, al trabajo, continuando en la observancia de su ley, viven confiados en que aquel Dios, que les sacó en otro tiempo del cautiverio de Babilonia, hará aún resplandecer su día.

Este día será aquel en que la sangre vertida por sus padres, caiga sobre los hijos como señal de perdon y de redencion.

CAPITULO VII

Los Flavios.

En medio de la medianía universal, parecieron de tan grande éxito la expedicion llevada á buen término por Tito y la sumision de una nacion, que Vespasiano se mostró celoso hasta de su propio hijo. Pero éste acudió á su lado, diciéndole: *Hé llegado, vedme aquí, padre mio,* y cesando de acreditar recelos Vespasiano, le asoció al poder tribunico, le confirió el mando de la guardia pretoriana, y le permitió triunfar con la mayor magnificencia. Entonces fué cuando se levantó el arco que todavía lleva el nombre de Tito, monumento que, con la clausura del templo de Jano y la creacion del templo de la Paz, atestiguó el fin de las guerras.

Pero no tardó en hacer que renaciera otra Cesenio Pæto, gobernador de la Siria; deseoso de señalarse en alguna expedicion militar, hizo á Antioco rey de Comagena, sospechoso á los ojos del emperador, quien le encargó marchara inmediatamente en contra suya. Ocupó, pues, este reino reduciéndolo á provincia bajo el nombre de Eufresiana. Vino á ser tambien Grecia, á la cual Neron habia emancipado, provincia con la Licia, la Tracia, la Cilicia, Rodas, Bizancio y Samos. Habiendo empezado á desembocar los alanos de las comarcas situadas entre el Tanaís y los Palus-Meótidas, y á hacer incursiones en el territorio de los medos y de los armenios, Vologeso, rey de los partos, invocó contra ellos el socorro de Vespasiano; pero se lo negó dándose la enhorabuena de que aquellos terribles vecinos encontraran por otro lado en qué ocuparse.

Dióse el gobierno de Bretaña á Cneo Julio Agrícola, quien mereció tener por panegirista á Tácito, su yerno. Nacido en Frejus en la Galla Narbonense, estudió en Marsella filosofia y jurisprudencia más de lo que para un romano y

senador parecia conveniente. Se habituó al arte militar en Bretaña. Nombrado tribuno del pueblo en Roma, se abstuvo de obrar por no infundir á Neron sospechas. Encargado por Galba de cerciorarse de las ofrendas hechas á los templos, puso término á las acusaciones de sacrilegio; su madre fué muerta por los soldados de Oton en Vintimilla; se puso de parte de Vespasiano, y obtuvo el mando de la vigésima legion empleada en la Bretaña. Vuelto á aquella comarca, puso coto á las expediciones de los montañeses; habiendo intentado la isla de Mona (*Anglesey*) reconquistar su independencia, la atacó sin naves, cruzando el canal á nado con sus tropas, y para quitar toda ocasion á futuras sublevaciones, reprimió la licencia militar, tuvo cuidado de que reinase la justicia y no el espanto, de que los empleos fueran conferidos á personas honradas, castigó á los prevaricadores, disminuyó los impuestos, exforzándose á fin de que se sintiera lo ménos posible la servidumbre. Durante los años siguientes (78-85), continuó haciendo nuevas conquistas ó consolidando las antiguas; auxiliado en efecto por la inconstancia y la desunion de los bárbaros, que combatiendo aisladamente, quedaban avasallados unos en pos de otros, se adelantó hasta la embocadura del Tay, hasta las orillas del Clido, y del Forth, hasta se preparaba á desembarcar en Irlanda, que por la creencia en que se hallaba de estar situada entre la Bretaña y la España, hubiera facilitado sus comunicaciones. Recelosos los caledonios á consecuencia de sus triunfos, redoblaron sus esfuerzos en contra suya y le aguardaron en número de treinta mil por lo ménos, á la falda de los mones Grampianos bajo el nombre de Galgaco, si bien fueron totalmente derrotados. Agrícola dió vuelta á Bretaña y subyugó las Orcades; y merced á su persona, una guerra comenzada bajo el emperador más estúpido, proseguida bajo el emperador más libertino, y terminada bajo el emperador más miedoso, proporcionó al imperio el único engrandecimiento que recibió durante el primer siglo. Pero no aguantaron durante mucho tiempo el extranjero yugo aquellas ásperas montañas donde se perpetúa un borrascoso invierno, aquellos lagos cubiertos de espesa niebla, las frias selvas en que salvajes desnudos iban á caza de ciervos.

En tanto respiraba Roma despues de tantas atrocidades y locuras, aunque no habian cesado enteramente los suplicios. Helvidio Prisco de Terracina, habia estudiado filosofia, no para cubrir con este nombre una inercia voluptuosa, sino para ocupar más dignamente las magistraturas, y se habia casado con la hija de Tra-seas Pæto, generoso ciudadano, que le dejó por herencia su constancia en obrar bien y decir la verdad. Desterrado al tiempo de la muerte de su suegro, vuelto á llamar despues por Galba, no cesó en su celo por la libertad de oponerse á los actos arbitrarios de este emperador y de sus sucesores. Permittióse, pues, enérgicas frases contra Vespasiano sin incurrir en ninguna pena; habiendo celebrado públicamente el nacimiento de Bruto y de Casio, exhortando al pueblo á que los imitara, mandó el emperador que se le pusiera preso, aunque le restituyó la libertad muy en breve. No cambiando por eso de modo de pensar Helvidio, ni moderando su lenguaje fué al fin desterrado; como clamara luego contra el emperador con todas sus fuerzas, el Senado decretó su muerte. Vespasiano envió órdenes á toda prisa para que se suspendiera la ejecucion, pero Muciano ó la casualidad hizo que llegaran tarde.

Al ver las alabanzas que Tácito, Plinio el Joven y Juvenal prodigan á este héroe imprudente, nos sentimos inclinados á hacer tristes reflexiones sobre los medios á que se ve obligada á apelar la virtud cuando carece de los recursos legítimos que al abuso del poder deben oponerse.

Fué urdida una conjuracion contra Vespasiano por Cæcina, Eprío, Marcelo, espía de Neron, y muchos pretorianos; pero habiendo sido descubierta la trama. Marcelo se anticipó á su condena quitándose la vida; luego como no bastase para pronunciar la de Cæcina haberle hallado encima la proclama preparada para sublevar á los soldados, le convidó Tito á una cena y mandó que fuera asesinado; género de procedimiento muy expeditivo.

Sintiendo Vespasiano acercarse la muerte, dijo: *Creo que me trasformo en dios*, burlándose de este modo de la dignidad que discernian á sus príncipes los romanos. Mostróse tranquilo hasta el postrer instante (24 de Junio de 79), y como hiciera esfuerzos para levantarse, exclamó:

Un emperador debe morir en pie, espiró á la edad de sesenta y ocho años, despues de diez de reinado.

Era uso representar en los funerales de los magnates comedias en que salia á la escena la muerte, y á menudo de una manera jocosa. Al tiempo de celebrarse los funerales de Vespasiano, el bufon que hacia el papel del emperador difunto, preguntó á los mayordomos de su casa cuánto costarian sus exequias; y al saber la enorme suma que á ellas destinaba Tito, repuso: *Dadme ese dinero, y arrojad el cuerpo al Tiber si bien os place*. No obstante, Roma podia considerarse venturosa si no hubiera tenido que echar en cara más que su avaricia al sucesor de Neron y de Tiberio. La grandeza y la majestad, dice Plinio, no produjeron en él otro efecto que el de adquirir el poder de hacer el bien igual al deseo que tenia de ello.

Sucedióle Tito, su hijo. Educado con Británico, se hizo muy hábil en elocuencia, en el arte de los versos, y todavía más en el de la guerra. En vida de su padre su codicia y su ufanía inducian á que se concibieran de su persona esperanzas poco lisonjeras. Apoyaba cerca del emperador á todo el que le ofrecia dinero; si estaba malquisto contra alguno, hacia pedir su muerte en el teatro ó en el campo de Marte por personas asalariadas; en fin, tanto los romanos como los judíos miraban de reojo sus amores con Berenice, hermana del príncipe judío Agripa II; unos por miedo á una emperatriz extranjera, otros escandalizados de que una princesa, compatriota suya, se amenguara hasta el extremo de recibir los abrazos del destructor de su nacion.

Pero ascendido al imperio Tito envió á Berenice fuera de Italia, á pesar del amor que la profesaba. No sólo no irrogó ningun perjuicio á su hermano Domiciano, intrigante y disoluto, sino que le ofreció partir con él la autoridad suprema. Confirmó con un edicto las prerogativas otorgadas por sus antecesores á las personas ó á las ciudades. Siempre tenia el pueblo fácil acceso para hablarle, incluso cuando se hallaba dentro del baño. Tocándole dar juegos invitó á los ciudadanos á decirle cuándo y cómo los deseaban; y en su porte, la afabilidad no perjudicaba en lo más mínimo al decoro. Como se le censurase su demasiada facilidad en otor-

gar mercedes, respondió de este modo: *Conviene que nadie se aleje apesadumbrado de la presencia del príncipe;* y una noche que hacia memoria de no haber concedido ningún beneficio desde por la mañana, dijo: *He perdido el día.* Lejos de envidiar el bien ajeno, rehusó admitir donativos y mandas, y sin embargo gastó enormemente en regalos, en espectáculos y en edificios, no cediendo en este punto á ninguno de sus predecesores. Al inaugurarse su colosal anfiteatro, además de los gladiadores, ofreció al pueblo en espectáculo un combate naval, y hasta cinco mil fieras. Públicos desastres le proporcionaron coyuntura de acreditar una generosidad más ilustrada. Con efecto, habiendo consumido un incendio el Capitolio, el Panteon, la Biblioteca de Augusto, el Teatro de Pompeyo y otros edificios de ménos importancia, declaró Tito que tomaba sobre sí la reparacion de todo aquel estrago. Rehusando de consiguiente las sumas de dinero que le ofrecian, tanto las ciudades como los principes extranjeros, vendió hasta los muebles de su palacio para cumplir su palabra.

Bajo su reinado, el Vesubio, que no habia hecho desde tiempo inmemorial erupcion ninguna, se despertó con tal furor (8 de Setiembre de 79) que sepultó las dos ciudades de Pompeya y de Herculano; Puzzolas y Cumas fueron destruidas, toda la Campania quedó conmovida y trastornada con frecuentes terremotos. Tito reparó á sus expensas todos los males á que fué posible aplicar remedio; recorrió personalmente el país, observando los desastres causados, no para satisfacer una curiosidad indiferente, sino prodigando dinero á los que habian sido víctimas de ellos. Hasta la peste declarándose en el imperio suministró á Tito ocasion de manifestar bajo un nuevo aspecto su beneficencia, y áun casi diríamos su caridad.

Al aceptar el pontificado declaró, que á contar desde aquel momento se conservaría puro de toda efusion de sangre. Y en efecto á nadie condenó á muerte, hallándose dispuesto á perecer mas bien que hacer morir á otro. Habiendo sido condenados á muerte dos patricios como conspiradores, por el Senado, hizo Tito que rogaran á la asamblea, que renunciara á un castigo infructuoso, dado que la duracion de los reinados dependia de un poder superior al

de los hombres; al mismo tiempo envia á tranquilizar á las madres de los reos, convidándolas á cenar en su compañía aquella noche. Al día siguiente las conduce á los espectáculos y pone en sus manos las espadas de los gladiadores que le presentan para examinarlas segun costumbre.

Derogó la ley de lesa majestad, y no quiso que se acusara á nadie en lo sucesivo por haber hablado mal de su persona ó de sus predecesores. *O el que murmura de mí se equivoca, en cuyo caso le compadezco, ó le asiste la razon, y entonces sería injusto castigarle por haber dicho la verdad. Respecto de los predecesores, si son dioses actualmente, pueden castigar á su antojo sus propios ultrajes sin necesidad de que yo les preste ayuda.*

¿Quién pudiera creer, que bajo semejante príncipe, encontrara un supuesto Neron parciales? Sin embargo, esto es lo que aconteció precisamente; y despues de haber recorrido aquel impostor las riberas del Eúfrates se refugió entre los partos.

En el momento en que respiraba Roma bajo las suaves leyes de Tito, á quien denominaba delicia del género humano, una muerte prematura le arrebató á aquel buen príncipe á la edad de cuarenta y un años. Segun se dice aceleró su fin Domiciano, hermano suyo, el cual hizo que se le colocara en la categoría de los dioses á la par que intentaba denigrarle cerca de los hombres.

Ya los desenfrenados desórdenes de Domiciano habian excitado la cólera de su padre, á quien habian apaciguado trabajosamente las instancias cariñosas de Tito. No se habia aplicado durante su juventud á ninguna clase de estudio, y estaba abrumado de deudas. En la guerra habia tenido gran cuidado de sustraerse á las fatigas y á los peligros; posteriormente, para rivalizar con su hermano, vencedor de los judios, fué á combatir á Germania y contra el imperio galo; la incapacidad que le asistia para el ejercicio de las armas le indujo á dedicarse á la poesía. Despues de la muerte de su padre procuró ganar á los pretorianos á fin de suplantar á Tito, y éste le perdonó generosamente. Cuando su hermano exhaló el último aliento, de muerte natural ó violenta, fué proclamado emperador, prodigándose á la vez todos

los títulos y cargos con que sus antecesores habian sido revestidos poco á poco.

Al principio manifestó tanta repugnancia á toda especie de crueldades, que llegó hasta prohibir todo sacrificio sangriento. Mostrábase liberal con empleados del Estado, á fin de que su pobreza no les pusiera en el caso de ser corrompidos; rehusaba heredar á los ciudadanos que dejaban hijos; y despues de haber distribuido las tierras confiscadas entre veteranos, no reservaba lo sobrante para sí, como era costumbre, sino que se lo restituía á los antiguos propietarios. Mandó hacer suntuosas construcciones, reformó la biblioteca incendiada, gastó 12.000 talentos en los dorados del Capitolio, y sin embargo, nada valia la magnificencia de este templo en comparacion de una sola de las galerías ó de las salas del palacio. Ocupábase en administrar justicia, fulminaba la nota de infamia contra los jueces que admitian dinero, y contra los gobernadores concussionarios; reprimió la licencia pública y la imprudencia de los libelos; prohibió á los caballeros salir á los teatros públicos; degradó á un senador por haber bailado; excluyó á las mujeres perdidas de la facultad de recibir legados y de ir en litera; declaró indigno de ser juez á un caballero, que habia vuelto á admitir en su compañía á su mujer despues de repudiarla por impúdica; castigó á muchos adúlteros con la última pena, y prohibió severamente hacer eunucos.

A pesar de todo, disimulaba Domiciano trabajosamente su índole feroz, sanguinaria y vilmente recelosa. Tan anhelante de gloria militar, como incapaz de adquirirla, tomó cuatro veces en un año el título de *imperator* en virtud de victorias alcanzadas por otros. Habiendo caido de improviso sobre los catos, nacion la más civilizada y belicosa entre los germanos, les cogió algunos prisioneros, á quienes arrastró en triunfo, y ya no se despojó de la toga de triunfador nunca. Pero cuando los catos expulsaron del trono á Cariomero, rey de los cheruscos, que se habia hecho aliado de los romanos, no se atrevió Domiciano á sostenerle, y dejó á los suevos y á los armatas sublevados contra el imperio, exterminar en la Mesia, en la Dacia y en la Germania, por culpa de los generales tímidos ó temerarios. El despecho que le causaban las victorias de Agrícola sobre los caledo-

nios hizo que fuera llamado este gran capitán, el cual solo pudo conjurar la cólera del emperador viviendo oscuramente; además, si hemos de dar crédito á las sospechas de los contemporáneos, su alejamiento de los negocios no le salvó del veneno.

La guerra más peligrosa que tuvo que hacer fué la que sostuvo contra los dacios, pueblo belicoso, á quien un antiguo filósofo llamado Zamolxis habia enseñado á considerar la muerte como el término de una vida ingrata y de transicion, al mismo tiempo que el principio de una existencia feliz y eterna. Habian sido gobernados sábiamente por Dura, quien trasmitió su autoridad á Decebalo. No ménos hábil en las lides que prudente en el consejo, pasó este caudillo el Danubio, derrotó á los romanos, y mató al gobernador de Mesia; no solo señaló su tránsito con horribles devastaciones, sino que ocupó todos los fuertes construidos por los romanos en aquellas comarcas.

Cuando Decebalo supo que Domiciano se acercaba con el ejército, propuso deponer las armas y renovar la antigua alianza, lo que le fué negado. Pero Cornelio Fusco, que marchó en contra suya, fué vencido. Entonces Decebalo exigió que los romanos le pagasen dos óvolos por cabeza, amenazándoles en el caso contrario con invadir su territorio y llevarlo todo á sangre y fuego. Tanta insolencia irritó la cólera de los soldados, y despues de vencidos los dacios en nueve combates les negaron la paz, que imploraban á su vez.

En vez de proseguir por aquel lado sus ventajas, volvió Domiciano sus armas contra los conados y marcomanos, culpables de haber socorrido á los dacios, y mandó degollar á sus embajadores. No tardó en arrepentirse de ello, pues acometido con furia, vió á su ejército reducido á huir en una completa derrota. Tan cobarde en los reveses como insolente habia sido en la victoria, diputó algunos individuos cerca de Decebalo á fin de suplicarle que consintiera en la paz, enviándole ricos presentes, artesanos de todas clases, y una corona de oro en señal de que le reconocia por rey. Al fin se resignó á pagarle un tributo anual; esta fué la primera guerra contra el imperio, cuyo desenlace fuera venturoso para los bárbaros.

A pesar de todo, Domiciano escribió al Se-